

dieron impulso á la ciencia anticuaria y numismática, ciencia que hasta entonces se había limitado á reunir sin discernimiento medallas, inscripciones, utensilios y antigüedades de toda clase, época y nacion. De este género fué el famoso *Museo*, en el que Pablo Jove había reunido, mendigando y adulando, gran número de objetos muy curiosos por su variedad. Eneas Vico, de Venecia, fué el primero que trató estas materias en sus *Discursos sobre las medallas de los antiguos* (1555). Después de él Sebastian Erizzo, también veneciano, dió á luz (1559) con el mismo título, un trabajo más completo, y sentó las bases de aquella ciencia. El grabador flamenco Huberto Golzio publicó (1557) una colección de medallas, entre las cuales se encuentran varias falsas ó imaginarias; y dice, que existían entonces en Italia trescientas ochenta colecciones de antigüedades, y que á los aficionados á este género se los llamaba *virtuosos*.

Juan Vicente Pinelli (1535-1601), de Nápoles, que favoreció las letras sin ser literato, formó una biblioteca, comprando á cualquier precio todo lo que se presentaba, y dispuso los libros por orden de materias; había añadido á ella un museo de globos, cartas, instrumentos de matemáticas, fósiles y algunas medallas de las más raras. Habiéndose vendido esta colección después de su muerte, y cargado con ella un barco, cayó en poder de los corsarios, que la arrojaron al mar, ó dispersaron por las costas objetos cuyo valor les era desconocido: muchos pescadores recogieron hojas de manuscritos para reparar sus barcas ó tapar las aberturas de los marcos de sus ventanas: el resto se compró en 3,400 escudos de oro por el cardenal Borromeo, y fué la base de la biblioteca Ambrosiana.

Onofre Panvinio, de Verona (1529-68), fué uno de los primeros en conocer el valor de las inscripciones y en venir en conocimiento por medio de ellas de las antigüedades romanas y los fastos consulares; disertó sobre los juegos, los triunfos, los nombres y el culto de los latinos; recusó como falsos los fragmentos de Annio de Viterbo, y escribió también sobre las antigüedades cristianas; debe añadirse á sus trabajos una crónica universal desde la creación del mundo hasta su época, un cuadro del mundo habitable y otras composiciones históricas que causan tanta más admiración cuanto fué corta su vida (6).

Hay algunos que prefieren la *Roma vetus et nova* (1633), de Donato, no sólo á las obras anteriores, sino también á la de Nardini. Octavio Ferrarí dió á luz el mejor tratado sobre las costumbres de los romanos (1642-1654), y Pignorio explicó la Tabla Isiaca. Trabajo más importante es el *Corpus inscriptionum* de Juan Gruter, de Amberes, último conservador de la biblioteca Palatina: adop-

(6) Véase nuestra arqueología, párrafo 11, y á MAFFEY, *Verona ilustrada*, P. 2, I. 4.º

tó por base la colección de Martin Smezio de Brujas, que después de la muerte del autor, había sido publicada á espensas de la república de Holanda en 1588; pero la aumentó con infinidad de otras inscripciones, y su obra se publicó en 1603 en Heidelberg, con veinte y cuatro tablas muy útiles de José Escaligero, á espensas de Marcos Wolser, burgomaestre de Augsburgo. Faltan en esta colección muchas de las que él hubiera podido conocer; á veces están referidas incorrectamente, otras repetidas; ciertos nombres de autores de donde han sido tomadas están equivocados; pero de esta manera se encontró escitado el deseo de copiar las inscripciones originales é insertarlas en las obras de antigüedades. Juan Jorge Grevio, profesor de Utrecht, dió á luz una edición considerablemente aumentada, que no se ha concluido hasta 1707; es la más completa que se posee.

Además de las colecciones generales, se hicieron otras particulares que sirvieron después de base á las historias municipales de Verona, Brescia, Como, Faenza, y principalmente á la de Milan, por Andrés Alciato. Juan Crisóstomo Zanchi, de Bergamo, ensalza su patria (*De Orobiorum sive Cenomanorum origine*, Venecia, 1531), como se hacía entonces. Sus exageradas opiniones son rebatidas por Gaudencio Merula, de Novara, y por Buenaventura Castiglione, de Milan, que trataron de los galos cisalpinos, y reconocieron, así como Octavio Ferrari, la falsedad de la obra atribuida á Annio de Viterbo.

Sigonio, 1524-84.—Carlos Sigonio, de Módena, se le cuenta entre los eruditos de primer orden por la luz que dió á la historia, á las antigüedades romanas, á los fastos consulares, al derecho romano, itálico y provincial. Escribió la historia del imperio de Occidente desde Domiciano hasta Augusto; fué el primero que se atrevió á describir las vicisitudes del reino de Italia desde los lombardos hasta 1199, y después hasta 1286; éste era un campo enteramente nuevo, en el que no tuvo otro guía que los datos sacados de los archivos; por esta razón, á pesar de sus errores, tiene derecho al respeto como renovador de la diplomática. Un sentimiento piadoso le inclinó á hacer el cuadro de la república de los hebreos, como para ofrecerle en ejemplo á las constituciones modernas. Sentando como principio, con Aristóteles, que el fin de toda asociación civil es conciliar lo útil con lo justo, quiere que haya consejos ocupados en adoptar las medidas necesarias al bien de la nación; magistrados que no permitan separar la utilidad de la justicia; un jefe que convoque á unos y otros y les distribuya los negocios que les correspondan; y prosigue de aquella manera demostrando cuán bien estaban combinadas todas estas cosas entre los hebreos.

Flacio, 1520-75.—A Sigonio había encargado Gregorio XIII hacer una historia eclesiástica; pero ya otros habían emprendido esta tarea en un sentido diferente (1520) desde los tiempos primitivos.

Creuyendo Flak Francowitz (*Flacius Illyricus*) á los luteranos demasiado lentos en verificar la obra de la reforma, se instaló en Magdeburgo para preparar allí sus armas, y recogiendo de los libros todos los agravios formulados contra la Iglesia, publicó los *Testimonios de la verdad*. Concibió entonces la idea de una historia eclesiástica sacada de las verdaderas fuentes, y tomó por colaboradores á Juan Vigand y Mateo Judex (1533), á quienes añadió después otros quince. Después de haber trabajado seis años juntos antes de dar nada á luz, publicaron en veinte y cuatro años trece tomos de *Centuria magdeburgenses*, comprendiendo un siglo cada libro. Esta obra constituye el más vigoroso ataque contra la Iglesia, pues manifiesta apoyarse en los hechos, de los que saca partido con gran habilidad, para combatir valerosamente el catolicismo con una aplicación atrevida y rigurosa (7).

Baronio, 1538-1607.—El cardenal César Baronio escribió, para refutarla, sus *Anales*, enteramente en favor de la supremacía papal; como tenía á su disposición los archivos pontificios, pudo sacar de ellos documentos importantes hasta sobre la historia profana, de que Roma había sido el centro (8). No pasó del siglo XII; Reinaldo los continuó, y Enrique Spöndan, que hizo un compendio de la obra, la adelantó hasta 1602. Ya hemos manifestado la importancia que dábamos á este precioso trabajo; los acontecimientos se explican en él como premio ó castigo de Dios, excelente tema para un sermón, pero falso, pues supone que Dios premia y castiga en la tierra. Ya hemos emitido nuestra opinión acerca de las historias del concilio de Trento (cap. 20).

El latín fué generalmente el idioma preferido por los historiadores, con perjuicio de la verdad, obligada á usar un idioma ajeno. En general, aun no se trataba entonces, en las grandes obras históricas, de reunir los diferentes materiales para formar un conjunto homogéneo después de haberlos entresacado con escrupulosidad, ni recurrir á las fuentes inmediatas para tomar datos con inteligencia. Se adoptaban los escritos anteriores más reputados, y se completaban sus relaciones fuese supliendo con uno lo que faltaba al otro, considerando los hechos bajo un aspecto diferente, ó insertando documentos nuevos; pero sin tener escrupulo de copiar grandes fragmentos, y limitándose algunas veces á traducir. Sleidan copió uno detrás

(7) LUIS WACHLER.—*Gesch. der historischen Forschung und Kunstzeit der Wiederherstellung der litterarischen Cultur in Europa*. Göttinga, 1816, 2 vol. en 8.º

(8) Existe una carta de fray Pablo Sarpi á Casaubon, con fecha 8 de junio de 1602, en la cual le anima á escribir contra Baronio, de quien dice todo el mal posible. Le advierte solamente que si le acusa de mala fe y fraude, nadie le creerá, atendida su integridad. Desgraciadamente, dice Sarpi, adoptaba la opinión de todo el que se encontraba á su alrededor.

de otros pasajes de diferentes autores para formar su *Historia de la Reforma*. De-Thou hizo otro tanto: con respecto á la Escocia, reprodujo enteramente á Buchanan; para la Alemania á Sleidan y Chytreo; para Italia, á Adriani; para Turquía, á Busbeck y Leuvenclavio. Sarpi copió muchos datos de Pablo Jove, de Guicciardini, de De-Thou, sobre todo de Sleidan, único autor de que se sirvió durante mucho tiempo. El trabajo se reducía á traducir bien lo que él había tomado de otros, á la lengua á que escribía, y en acomodar el estilo al del resto de la obra.

Joviano Pontano (1426-1503) ha compuesto un diálogo latino sobre el arte histórico, diálogo que es el primero escrito modernamente sobre este asunto; pero no se sujeta más que á la retórica, convirtiendo á la historia en una especie de poesía (*Historiam poeticam pæne, solutam esse quamdam*) hace notar en su consecuencia que Tito Livio comienza con la mitad de un verso (*Facturus ne opera pretium*), y Salustio con un exámetro esopodáico (*Bellum scripturus sunt quod populus romanus*); y compara pasajes de aquellos autores con otros de Virgilio. Recomienda con menos frivolidad el laconismo, que consiste en las palabras, y la rapidez, en el movimiento del estilo. Con respecto al fondo, quiere detalladas descripciones de lugares, discursos, y sobre todo circunstanancias biográficas.

Francisco Patrizi compara también la historia á la poesía en diez diálogos, llenos de fastidiosas digresiones; según él, escepto las historias sagradas, las de la antigüedad ofrecen demasiada incertidumbre; las que tratan de los tiempos modernos se han escrito sin libertad, y toda la diferencia entre el historiador y el poeta consiste, en que el primero no altera los lugares y los tiempos. Somos un espectáculo para el cielo, y no hay verdad sino en las obras de Dios y de la naturaleza. Por lo demás, Patrizi se apoya en el tratado de Luciano; lo que hace también el español Fossio Morcillo (*De historia institutione*). Mas pensador, Antonio Baudouin, en sus *Prolegómenos históricos*, considera la historia en sus relaciones con la jurisprudencia y la política. La historia debe instruir, y se rebaja cuando trata de deleitar; difiere, pues, enteramente de la poesía. No debe ser dramática, sino pragmática, es decir, real y positiva; no debe sobre todo descuidar nada de lo concerniente á la república y al sistema de las leyes, á la geografía y á la estadística. Los historiadores desempeñan el papel de juriscultos para juzgar la moralidad de las acciones, así como importa á los juriscultos estudiar la historia, sin la cual es imposible gobernar y reinar.

Los preceptos históricos dados por Foglietta, en su *Introducción á la Historia de Génova*, y por Viperano (*De scribenda historia*), no son, á pesar de las alabanzas de Tiraboschi, más que trivialidades y plagios. El mismo escritor ensalza igualmente hasta las nubes á Agustin Mascardi, que publicó en Roma, en 1630, el *Arte histórico*, traducción casi

servil del *Ars historica*, dado á luz en 1604, por Ducci de Ferrara. Pretende que la historia sea más elevada que el género deliberativo, y como las guerras son su principal ocupacion, que no se entretenga en esas tragedias con minuciosas relaciones, ni detalles de cronología y geografía. Exige la verdad, pero con muchas consideraciones á los grandes, á quienes, sin embargo, dirige algunos aforismos notables representándoles que el único medio de obtener la benevolencia de la historia, es mostrarse buenos. Manifiesta poca confianza en los que escriben sus propios hechos; quisiera que el historiador fuese un filósofo instruido en la ciencia social, y digno de practicar las artes que forman la educacion de los pueblos, saber la pintura, la poesía, la enseñanza moral y la historia. Aprueba las arengas, como todos los retóricos, pero con tal que correspondan al asunto; con respecto á la *diccion histórica*, quisiera que conservase las imágenes y no las ficciones; la armonia y no la medida de la poesia (9).

Vosio, 1577-1619.—Gerardo Vosio, de Heidelberg, publicó un juicio crítico sobre los historiadores latinos de la antigüedad y de la Edad Media (1623), que es útil todavía, enriquecidos con notables suplementos de Mallinkrat, Hallervord, Sand y Apostol Zeno. Se limita á dar nociones biográficas y bibliográficas, al paso que La Mothe-Le-Vayer hace excelentes observaciones filosóficas acerca de los catorce historiadores griegos y diez latinos para caracterizarlos. En la crítica de la *Vida de Carlos Quinto*, por Sandoval, hizo un verdadero tratado del modo de escribir la historia (*Discurso sobre la historia*), cuidando principalmente de la idea más bien que de la forma como otros habian hecho. Para él la historia no tiene valor alguno, sino en cuanto se roza con la filosofía moral y la verdad: por esto rechaza las historias contemporáneas, desaprobando las falsas genealogías de que entonces se hacia alarde, los prodigios, la astrología y la aversion que separaba á una nacion de otra. Es partidario de las arengas, recomienda las digresiones y los proemios, y exige que los historiadores tengan conocimiento de los negocios, y seguridad de que dicen la verdad, aunque no les impone la obligacion de decirlo todo.

Possevino, 1534-1611.—El padre Antonio Possevino, de Mantua, despues de haber servido en varias cortes, entró en la Compañía de Jesús, y fué empleado en la diplomacia sobre todo contra los protestantes del Norte. Su *Descripción de la Moscú* es el primer libro que nos da idea de esta nacion, separada aun de los Estados europeos. Ofrece en la *Biblioteca selecta* una especie de enciclopedia metódica, en la que trata del modo de estudiar cada ciencia, y despues de los autores que

(9) Juan Wolf ha publicado en 1579 una coleccion de diez y ocho tratados, por diferentes autores, sobre el arte histórico, con el título de *Artis historica penus*.

han escrito de ellas, dando las reglas principales de cada una, y formulando un juicio, que es por lo comun muy sensato. Fué completada por el *Apparatus sacer*, catálogo razonado que comprende lo menos seis mil autores eclesiásticos.

Estrada, 1579-1619.—Gerónimo Falleti, de Ferrara, escribió (*De bello sicambrico*) la guerra de Carlos Quinto contra los franceses en los Países-Bajos en 1542, y la guerra del mismo emperador contra la liga de Esmalcalda. Más tarde Favian Estrada, jesuita romano, describió en latin la sublevacion de los Países-Bajos, obra compuesta para las escuelas, en la que las digresiones son tan frecuentes como largas, en atencion á que el autor se complace en las sentencias y en las comparaciones retóricas. Obtuvo gran número de documentos del gabinete de Madrid, pero ignora lo concerniente á los protestantes. Estraña á la política y al arte militar, suple á él con una moral sana, pero espresada en términos generales. Aunque partidario de la España, espone ingenuamente y como puede lo que sabe. Lo que prueba que no es ni desleal ni inhumano, es que inspira un vivo interés hácia los mártires de la causa que desapueba. Admirador de Tito Livio, le sobrepuja en prolijidad. Hacia el cargo á Tácito de ser poco verídico é impto, no admitir la intervencion de la Providencia en los acontecimientos humanos, considerar continuamente las cosas por el lado peor, hacer los reyes odiosos á los súbditos, denigrar sus actos é intenciones (10), no le agradaban las perpétuas sentencias, y no obstante él mismo no carece de ellas (11). Sciopio le refutó en la *Infamia Famiani*. El cardenal Bentivoglio, que trató el mismo asunto, dice que la *falta de Estrada es salirse del camino* (en italiano *strada*), haciendo digresiones sobre cada personaje que se presenta en escena. No es este un defecto para nosotros, en atencion á que de esta manera nos ha conservado gran número de detalles siempre interesantes cuando se trata de hombres ilustres.

Bentivoglio, 1579-1644.—El mencionado Bentivoglio, de Ferrara, nuncio apostólico en los Países-Bajos durante nueve años, contó en italiano las guerras de que fueron teatro, en un estilo sencillo, pero sin finura ni gracia, y en frases desprovistas de colorido. Cuando le acontece por casualidad querer manifestarse espiritual, incurre en antitesis y necedades pretenciosas; «tan celoso del estilo oratorio, sostenido é hinchado, que para apoyarle y redondearle no rechazó la frecuencia de ciertas particulas enteramente estériles é inoportunas.» (12)

(10) Profusiones.

(11) Véanse algunas: *Magnum imperii corpus magna animandum est mente, multis tuendum manibus.*—*Spes et cupido credulos homines facit.*—*Crebra inter pericla metus exiit periclitandi.*—*In magnis principum injuriis non incipitur ut desistatur.*

(12) PALLAVICINI, *Del estilo*, V, 9.

Sus memorias y sus relaciones sobre las cortes de Flandes y Francia son de gran importancia, pues hace conocer bien los manejos, aunque este prelado, fuese porque no quisiera penetrar bien las cosas, ó porque quisiera permanecer imparcial, no considera más que la superficie, complaciéndose en la descripcion de los hechos de armas, que es la parte más vana de la historia.

Los seis libros de las *Guerras de Flandes* por Pompeyo Justiniano (1616), no tienen mérito sino bajo el aspecto de los hechos militares. Ludovico Guicciardini, hermano del historiador, dió también á luz una buena descripcion de los Países-Bajos (1567).

Dávila, 1576-1631.—Catalino Dávila, de Pádua, describió con el arte de los antiguos, y á veces con tanto talento como ellos, las guerras civiles de Flandes en las que peleó. Exacto en los hechos, conoce bien el carácter francés; su mirada es exacta y sabía su disposicion. Realista más que católico, observa friamente la política, como un juego de poderosos y bribones. Disculpa á su mádrina Catalina de Médicis, y la matanza de San Bartolomé no le parece reprehensible sino por no haber producido efecto. Se ha dicho con razon que se debe desconfiar de Dávila cuando alaba la corte, y De-Thou cuando la vitupera. No es afectado, aunque prolijo, y minucioso como un hombre acostumbrado como estaba á observar en las antecámaras. Resentido de algunas palabras proferidas por Tomás Stigliani, de Parma, literato, le desafió y atravesó de parte á parte. Entró luego despues á sueldo de los venecianos, é hizo con ellos la guerra de Levante; despues fué en calidad de gobernador á Brescia, donde publicó su obra y donde fué asesinado poco despues.

Debemos citar tambien las relaciones de los embajadores, de que la Italia ofrece gran cosecha. Estos escritos, de una sencillez grave, de un juicio sólido, como emanados de personas acostumbradas á los negocios, no pertenecen á la historia; pero la ayudan, juzgando los tiempos sin ceder á las preocupaciones de los historiadores.

La Alemania permaneció atrasada con respecto á la historia, porque los literatos alemanes dirigian únicamente su atencion á la filología y á la literatura antigua; por otra parte, sus principales fuerzas se empleaban en la lucha suscitada por la reforma, de manera, que no quedaba para consagrarse á la historia más que personas sin conocimientos políticos. Los dominios de la arqueología se extendieron; ilustróse la historia eclesiástica, y con ella la historia política; pero éstos eran trabajos preparatorios, trabajos siempre ejecutados en relacion con la filología ó la teología. Juan Trithem, admirado por su erudicion, sacó de los archivos muchas noticias acerca de las antigüedades de Alemania, aunque sin discernimiento. Melanchton corrigió, ó mejor dicho, rehizo un manual de historia universal de Juan Carion, maestro suyo, que llegó á adquirir gran reputacion. Juan

Dobnek, llamado *Cochleus*, escribió una historia de Lutero, de quien era enemigo mortal. Juan Thurnmayer, apellidado Aventino, de Abensberg, ciudad de su nacimiento, compuso una crónica de Baviera, comprendiendo en ella los acontecimientos de toda la Alemania: esta importante obra, por estar llena de documentos interesantes y nuevos, desagradó porque era exacta: esta fué la razon por la que se mutiló antes de su publicacion treinta y dos años despues de haber sido terminada (1554). El alemán del autor se asemeja al de Lutero. Sebastian Munster trató de la estadística en su *Cosmografía universal*, que adornó con grabados de madera, y en la cual entre inevitables errores, se encuentran exactos informes.

Juan Phlippson, llamado *Sleidan*, por el nombre de su patria, empleado primero en Francia en varios asuntos (1556), fué despues nombrado historiógrafo de la liga de Esmalcalda. Despues de haber escrito *Las Cuatro monarquias*, libro elemental, dió á luz en veintiseis libros, con un latin puro y sencillo, la historia de su tiempo (1517-1556), historia que es en suma la de Carlos Quinto, y en la que da pruebas de muchos conocimientos, se detiene principalmente en la reforma, que considera como la obra de la providencia y el interés más grande de la humanidad. Habiendo hablado Pablo Jove al acaso, y recogido sin discernimiento, lo que oia decir, Sleidan trata de refutarle, lo mismo que á Cochleus, y se dedica á denigrar constantemente á Carlos Quinto, fundándose en actos públicos y buenos datos. Federico Hortleder se propuso el mismo objeto en su *Discurso sobre la justicia de la guerra* hecho al emperador por los Estados protestantes.

Gil Tschudi de Glaris (1505), padre de la historia suiza, sirvió á su país y contó con patriotismo los acontecimientos desde el año 1000 hasta el 1564. Francisco Guillimann, de Friburgo, se ocupó (1612) por el contrario, de los enemigos de la Suiza en su *Habsbürgica*.

Entre los historiadores de que abunda la Holanda, debe distinguirse á Mateo y á Isaac Voss, autores de los *Anales*, y á Hubbo Emmio, cuyo *Res Triscie*, obra preciosa, llega hasta 1564. Cada uno de los escritores de estos países dió colorido á su relacion conforme á su religion protestante ó católica. La de Nicolás Bourgoigne, jurisconsulto flamenco bien informada y llena de movimiento, fué escrita en sentido católico. Otros muchos sufrieron la influencia contraria: de este número fué Pedro Cristian Bor, á quien los Estados dieron la mision especial de dar cuenta de los acontecimientos y abrieron los archivos, de donde sacó buenos documentos, pero sin saber disponerlos. El poeta Pedro Van-Hooft adoptó mejor método; pero Hugo Grocio les escedió á todos en conocimientos, por su claridad en el modo de espone los hechos y distribuirlos. Pinta maravillosamente los caracteres, une habilmente los acontecimientos á la causa de que se derivan y generosamente elo-

gía á los Nassau, aunque haya sido perseguido por ellos.

Dinamarca, Suecia, Polonia, Bohemia y Hungría tuvieron también historiadores, pero ninguno notable.

En su *Historia de Escocia*, Buchanan hace abstracción de la crítica, precisado por la parcialidad; Guillermo Camden es más leal en la de Isabel: éstos fueron en Inglaterra los primeros ensayos de un arte que debía proporcionar más tarde grandes modelos. Lord Herberto, de Cherbury, emprendió la historia de Enrique VIII; Bacon, la de Enrique VII, y fué el primero que aplicó la filosofía á la apreciación reflexiva de los acontecimientos, prodigando la alabanza al rey, ó al artificio y al egoísmo en política.

Las primeras obras francesas de aquella época tienen aun el sello del feudalismo. Así es como el *Leal servidor* cuenta los «hechos, acciones, triunfos y proezas del buen caballero sin miedo y sin tacha, el noble señor Bayardo,» revistiéndose del carácter y los sentimientos de su héroe, pero desplegando una elegancia y precisión desconocidas á sus predecesores. El mariscal de Fleuranges, hecho prisionero en Pavia, escribió durante su cautiverio, en un estilo sencillo, la historia de las cosas memorables acaecidas desde 1449 hasta 1521. Guillermo y Martin du Bellay, que tomaron gran parte en los acontecimientos de la época, los escribieron todos en ventaja de Francisco I y en detrimento de Carlos Quinto.

Pronto se mezclaron también las pasiones religiosas. Blas de Montluc, apellidado el *Verdugo realista*, por el celo que manifestó en la noche de San Bartolomé, escribió á la edad de setenta y cinco años, la odisea de sus hazañas; y en la guerra de Siena contra Medeghino, quedó de tal manera desfigurado defendiendo á aquella ciudad, que tuvo que llevar una máscara el resto de sus días. Enrique IV decía de este libro lleno de continuas digresiones sobre el arte militar, que debía ser la biblia del soldado. Margarita de Valois, mujer de este príncipe, describe con talento y vivacidad en sus Memorias dirigidas á Brantome (1561-1582), la corte de Catalina, que su elevada posición le permitió conocer á fondo, y la matanza de los hugonotes; trata de disculparse de sus infidelidades, pero sin conseguirlo. Las Memorias de Miguel de Castelnau (1592), que además de conocer por sí mismo los acontecimientos de su época da más extensión á sus observaciones, son más instructivas. *El Diario de mi vida*, por el mariscal Bassompierre, guerrero y diplomático distinguido; las Memorias de Mornay y Sully, las de los cardenales Ossat y du Perron, del presidente Jeannin y Francisco de la Noue, están redactadas según la inspiración de las opiniones religiosas.

El padre de Teodoro Agripa, de Aubigné (1550-1630), le hizo jurar sobre los cadáveres mutilados de los calvinistas vengar su muerte. Peleó en las filas de los hugonotes; habiendo después envaina-

do la espada, escribió una historia general desde 1550 hasta 1601, y vivió tranquilo en Ginebra, á pesar de cuatro sentencias de muerte; hombre enérgico, que tenía algo de puritano y de gascon, se ocupó, sobre todo, de los hechos militares; por lo demás, lleno de entusiasmo, descuido y franqueza, cuenta como si hablase, y no sabe tener en cuenta las necesidades de la política.

Las Memorias de Pedro Bourdeilles, señor de Brantome (1557-1614), son particularmente más notables. Es una historia secreta de la corte de Carlos IX, de Enrique III y Enrique IV, en la que trata sucesivamente de los capitanes franceses, de los capitanes extranjeros, de las mujeres á la moda, de las ilustres y de los duelos. Espiritual, sutil, muy indiferente tanto á la veracidad como á la moralidad de las acciones, refiere con la misma tranquilidad las traiciones y las obscenidades, cual hombre que no cree ni en el pudor en las mujeres, ni en el honor en los hombres. No hubiera sido necesario más para hacerle popular, si no lo fuera por su originalidad y la brillante pintura de su época.

No nos detendremos en Bernardo Girard de Haillan, que en su *Historia de Faramundo á Carlos VII*, abandonó la manera de los cronistas, para unir los hechos entre sí y apreciarlos; ni en el *Inventario general de la religión y de las cosas públicas de Francia*, por Juan de Serres, obra de un calvinista que desagradó á sus correligionarios, y fué olvidada después de haber tenido muchos lectores; ni tampoco en Tillet, que apoyó la historia en documentos auténticos, y en Francisco Beaucaire, de Pegillon (1570), que sostuvo en el concilio de Trento las libertades galicanas, y contó en latin los acontecimientos acaecidos en Francia desde el año 1461 hasta el de 1567, sacando documentos de buenas fuentes, aunque sin escrúpulo de transcribir largos fragmentos.

De-Thou, 1553-1617.—El parisiense Jacobo Augusto De-Thou fué el primero que sustituyó á las relaciones difusas de los cronistas, una narración clara, metódica, distribuida con arte y gusto. Comenzó á hacerse célebre defendiendo á las ratas que infestaban en el territorio de Autun. Habiendo sido escomulgados estos animales por el obispo y citados tres veces á comparecer, siguiendo la costumbre, De-Thou, que les había sido nombrado abogado de oficio, demostró que no se habían seguido las formas en los procedimientos contra ellas, y que los plazos asignados eran demasiado cortos, vista la poca seguridad que ofrecían los puentes y caminos, donde estaban los gatos en acecho. Como consecuencia de su defensa fueron absueltas las ratas. De-Thou adquirió conocimientos nuevos viajando por Italia; aprendió en ella á observar á los hombres y las cosas, y tuvo nuevas ocasiones en los empleos que le fueron confiados por Enrique III y Enrique IV; llamado después á presidir el parlamento, pudo desde esta elevada posición dirigir una mirada más segura sobre los

acontecimientos. Asustado con la matanza de la noche de san Bartolomé, se había dedicado á buscar las causas; y la historia que escribió hasta el año de 1607 está sembrada de reflexiones juiciosas y profundas, aunque no se estiendan al porvenir. Es de sentir también que las consideraciones generales que contiene no comprendan á las diferentes naciones. Pareciéndole tal vez que el idioma de su país no era suficiente para llenar la misión que emprendía, eligió la lengua latina: su erudición, la animosa imparcialidad que observa en medio de tantos odios, le hacen perdonar, no sólo sus bruscas transiciones de un asunto y de un pueblo á otro (inconveniente que resultaba del sistema cronológico que había adoptado sin saber unir las diferentes partes), sino también la superabundancia de ciertos detalles y la apostura heroica que da á sus personajes, con objeto de imitar á Tito Livio. No olvida en medio de los acontecimientos la historia de las ciencias y artes, ni la civilización en medio de la política. Magistrado rígido, condena lo que se sale de la legalidad en cualquier partido que sea. Su obra fué prohibida; y para justificarse de las calumnias inevitables en tiempos de facciones, publicó sus Memorias.

Entre los españoles, constantes en la unidad de la fe que les había hecho conquistar la unidad de la nación, el clasicismo adoptaba una forma particular. Ya hemos mencionado al portugués Gerónimo Osorio, que escribió á la manera de Ciceron la *Historia del rey Manuel*, y también al jesuita Juan de Mariana, cuyo estilo y método son enteramente antiguos, las descripciones y las arengas de un arte admirable, pero sin verdad local, tanto que los emires sarracenos, los príncipes godos y los reyes castellanos hablan todos como profesores de retórica. Comenzó su *Historia de España* desde los tiempos más remotos. Sin ser ni gran pensador, ni contrario al rey y á la monarquía, espone, no obstante, los hechos con imparcialidad; derivándose necesariamente las consecuencias. Mezcla á ella historietas, leyendas, hechicerías, sin indicar lo que merece más ó menos crédito. «Mi intención, dice, no fué escribir la historia, sino poner en orden y en buen estilo los materiales que otros habían reunido para mi edificio, sin precisarme á probar los detalles: nadie puede, pues, exigir más de lo que me he propuesto.» En efecto, su mérito reside sobre todo en el estilo, y en el sentimiento patriótico que sin cesar le anima. Deténesse en el momento

de la espulsion de los moros para decir: *Recentiora contraclare ausi non sumus multorum offensione evitanda*. A pesar de su estremada prudencia y de la precaución que adoptó en dedicar su obra á Felipe II, este príncipe le denunció á la inquisición como liberal, y ya hemos visto que no carecía de motivo.

Juan Sepúlveda, de Córdoba, historiógrafo de Carlos Quinto y maestro de Felipe II, había vivido mucho tiempo en Roma. Escribió la historia clásica de estos dos reyes y las de las guerras de Méjico, con tanta crítica y verdad como puede hacerlo una pluma asalariada, que tiene cuidado de disminuir las crueldades cometidas por los españoles en América.

Gerónimo Zurita redactó los *Anales de Aragon* con una fría erudición; Bartolomé de Argensola, que los continuó, sostuvo los derechos de las cortes, tan incómodas á los gobernantes.

Se alaba en Antonio de Solís, autor de la *Conquista de Méjico*, la corrección del estilo: nosotros le encontramos, sin embargo, siempre aderezado, antitético y fastidioso en un asunto que ofrece tan rica variedad. Pero en general, los españoles que produjeron tantas maravillas, no han escrito sus propias memorias, fieles en esto á su proverbio: *Obras y no palabras*.

Diarios.—La curiosidad, escitada naturalmente en aquella época por los acontecimientos y los viajes, buscó un pasto en los escritos del género de nuestros periódicos actuales, es decir, donde se daba sin trabazón la relación de los hechos acaecidos en el año. Tales eran las *Relaciones históricas*, de M. Eytzinger (13), el *Mercurio galo-belga*, de Juan Artusio (14), el *Mercurio austro-bohemo-germánico*, de M. C. Landorp (15), y las *Memorias secretas*, de Victor Siri (16).

(13) M. EYTZINGER.—*Relationum historicarum pentaplus*. Desde 1576 hasta 1597. Colonia.

(14) J. ARTHUSIUS.—*Mercurii gallo-belgici Sleidano succenturiati; sive rerum in Gallia et Belgia potissimum, Hispania quoque, Italia, Anglia, Germania, Ungaria, Transylvania, etc., gestarum*. 1555-1626; Francfort.

(15) LANDORP.—*Mercurius austro-bohemo-germanicus*. Francfort, 1820.

J. P. ABELIN, *Theatrum europæum*, de 1617 á 1628.

MARTIN MEYER, *Diarium europæum*, etc.

(16) De 1601 al 40, le siguió el *Mercurio ó Historia de los tiempos que corren*.